

Domingo XXII Tiempo ordinario

Deuteronomio 4, 1-2. 6-8; Santiago 1, 17-18. 21b-22. 27; Marcos 7, 1-8a. 14-15. 21-23

«Escuchad y entended todos: nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre»

1 septiembre 2024 P. Carlos Padilla Esteban

«Me gustaría tener un corazón puro, de Dios. Quisiera mirar a los demás como Dios los mira, como Él me mira. Con ese corazón limpio que es capaz de descubrir siempre el bien y se admira»

El otro día falleció la persona de más edad del mundo con ciento diecisiete años. Me impresionaron los datos, en España hay más de veinte mil personas con más de cien años. ¿Será necesario vivir tantos años? No necesito una vida demasiado corta ni tampoco demasiado larga. ¿Qué haría con tantos años por delante? Me abruma todo ese tiempo contenido en una sola alma. ¿A cuántas personas habría despedido en su vida esta mujer? Una persona muy mayor comentaba que lo que más le costaba de su edad era ver a sus hijos tan mayores. Claramente. Si pasan los años todos envejecemos. Me quedé pensando en el sentido de los años. Mirando hacia atrás parece que fue ayer cuando viví tantas cosas. Mirando hacia delante parece que el tiempo se haya detenido y no pase. Miradas distintas. Formas diferentes de ver las cosas. Hay siempre un abismo que se abre ante mí mirando el futuro. Y hay un cielo ante mis ojos llenándome de esperanza. El pasado ya no cuenta aunque pueda pesar en el alma. El recuerdo es una losa o un legado con el que cargo para seguir componiendo la melodía de mi vida. Vivir sin miedo a volar es una actitud de vida. Podré caer, no lo dudo. Y el tiempo podrá pesarme con angustia. El tiempo, lo que venga. Miro hacia delante todo lo que aún me queda por recorrer, sé que nadie me lo asegura. Yo lo intuyo. Sé que está ante mí y no le tengo miedo a la vida, ni a la muerte. Todo puede ser mejor si me pongo manos a la obra. Vivir ahora en presente es lo único que puedo hacer. Todo lo demás son fantasías. Cuánto cuesta vivir así. Dar un paso ahora y luego el siguiente. Sin mirar hacia atrás con nostalgia. Sin dejarme llevar por el miedo al futuro que siempre es amenazante. Una vida larga, muchos años por delante o no. Nunca lo sabes. Sólo tengo que confiar, vivir sin miedo, apoyado en el amor de Dios que me sostiene. Durante el camino sentiré el calor del día, el cansancio del camino que recorro. Habrá subidas pesadas y un calor sofocante. O de repente mucha carretera y paisajes difíciles. No siento que lo tenga todo claro y resuelto. Simplemente confío en estar recorriendo el camino que Él me ha marcado. ¿Seré capaz de ver su mano en todo lo que me pasa? De repente suceden cosas que cambian mis planes y me abruma el futuro incierto. Sigo caminando, no tengo miedo. Llego a un lugar pensando que va a ser de una manera y luego es de otra. O me pierdo y recorro kilómetros en la dirección equivocada. No importa, vuelvo al comienzo, al origen, no le tengo miedo a la vida. Leía el otro día: *«Mantén los pies sobre la alfombra fresca de la tierra, pero eleva tu mente hacia las ventanas del universo»*¹. Y miro entonces a lo alto, al Dios de mi vida. En Él se contiene toda la belleza que me rodea. Siento que puedo admirarlo todo con asombro. En eso consiste la vida del peregrino. En detenerse ante todo lo que se encuentra en el camino sin apartar los pies de la senda. Contemplar la belleza y palpar la vida a mi alrededor, con admiración, conmovido. Quiero ser capaz de valorar todo lo que tengo en este preciso instante. Agradecido por todo lo que he recibido. Si la gratitud no es el sentimiento que domina en mi corazón voy a vivir enemistado con el mundo, quejándome, exigiendo. Porque siempre querré más, esperaré más y acabaré pidiéndole más a Dios, a los hombres, a mi trabajo, a mi vida. Sentiré que no son justos conmigo, que merezco más. El corazón agradecido mira todo lo que le rodea con una sonrisa. Así quiero vivir yo, con asombro y feliz por lo que ya he vivido, ya he disfrutado. Puede que pierda muchas cosas y nada de lo que ahora poseo dure para siempre. Puede ser que la vida se complique cuando menos lo espere y que mis planes se frustren en la orilla. Pueden ser muchas cosas delante de mis ojos y lo que cambia todo es mi mirada, mi forma de contemplar el mundo. Quiero ser capaz de

¹ Lucinda Riley, *La hermana luna, Las Siete Hermanas 5: La historia de Tiggy*

abrazar el presente sin enfadarme con las circunstancias que no se acoplan a mis planes fijados con esmero. Como bien sé, el secreto de la felicidad se encuentra en mi capacidad para aceptar la vida como es, sin complejos y sin miedo, sin angustia y con mucha paz. **La capacidad para adecuar mi mirada a lo que hay. No pretender que lo que hay sea según mi forma de pensar.**

Pienso en la misericordia. Jesús me invita a ser en este mundo un signo de su misericordia, un testigo. Pero no ya por tener el poder de perdonar, sino por mostrar y experimentar cada día que soy perdonado sin merecerlo. Que he sido perdonado por Él. Por creer en el corazón que Dios me ama como soy, que no lleva cuentas de mis perfecciones ni de mis apostolados, que mira con ternura mi pobreza, que me espera en mi pecado, en esa falta que es la piedra contra la que choco todo el tiempo. Y me contempla sorprendido: ¿Por qué has dudado? Me pregunta. ¿No recuerdas mi misericordia? Es verdad. Mi gran herida es la incondicionalidad. Necesito saberme amado haga lo que haga. No pensar que tengo que hacer méritos para ser valorado y amado. Vendrá de mi historia personal, familiar. El deseo de destacar, de brillar. El ansia de valer. Quiero vivir la incondicionalidad del amor humano. Hoy me vuelvo a preguntar: ¿Cuándo he vivido la incondicionalidad del amor? Entonces recuerdo amores humanos que sí me han mostrado un amor a prueba de todo. ¿Cómo puede ser eso posible si yo no soy capaz de amar de esa manera? Cuando fallaba, cuando no estaba a la altura, cuando no había méritos. En esos momentos en los que yo mismo no me amaba. Sí, he tenido momentos así, de desamor conmigo mismo. Momentos en los que he notado que se abría una grieta bajo mis pies y me hundía. No valía nada, no merecía nada, no era digno de nada. En esos momentos he suplicado al cielo: ¿Y tú me amas? Dios guardaba silencio. La herida de la incondicionalidad, como yo la llamo, creo me acompañará toda la vida, tal vez a todos. Una piedra que duele y me recuerda el Señor, como a S. Pablo, que su gracia me basta para vivir. El don de su amor, el don de su misericordia, un amor inmerecido. Recuerdo ahora amores concretos que han sido incondicionales. Amores humanos que no me han abandonado cuando quizás más merecía ser despreciado y dejado a un lado. Amores fieles en medio de mi pobreza y mi infidelidad. Esos amores humanos, con su torpeza, me han hecho mirar más arriba buscando el cielo. Es el Señor. Me han dicho susurrando en mi oído. No soy yo, es Él. Y yo los he escuchado. Que alguien me quiera de forma incondicional sigue siendo un motivo de asombro en mi vida. Lo he vivido, lo he tocado. Y esos amores humanos me han llevado a mirar al cielo, a lo más alto, al Dios de mi vida. Sé que mi Dios se esconde en las nubes, bajo la piel humana y me regala un amor imposible, infinito, inmerecido, eterno, incondicional. Un amor que no puedo exigir ni merecer, tan solo aceptar agradecido. Un amor que se despliega en brazos humanos para prolongarse hasta las alturas del infinito. Un brazo que se adentra en las aguas para salvar a Pedro, para salvarme a mí que me hundo en ese vano intento tantas veces repetido de querer caminar sobre las aguas. como pensando que seré capaz esta vez sí, que lograré vencer la fragilidad de las aguas, que endureceré su superficie para dejarme hollarla con mis pasos confusos y pesados. Como si fuera un mago al que todos admiraran así por sus grandes obras. Que me miren, he gritado tantas veces queriendo saciar mi sed de amor. Miradlo a Él, me han dicho esos amantes incondicionales que Dios me ha regalado en mis pasos por este mundo. Y así, asombrado, confuso, he tocado el amor de Dios dentro de mi alma. como un baño de agua pura, parecida a esa agua de la gruta de Lourdes, agua tan pura que lo hacía todo nuevo. Siempre Él, Dios y su misericordia, María y su maternal misericordia. Y yo negándome de forma torpe a recibir su amor. Quiero merecerlo, me he dicho tan a menudo. Lo habré aprendido de niño, pensaba. Mientras que la vida, a base de golpes, me ha enseñado la misericordia. ¡Qué importante haberme lanzado a caminar sobre las aguas! No porque haya sido capaz de recorrer tan solo unos metros torpemente. Eso no tiene ningún mérito, sé que incluso las piedras, cuando las lanzo de una manera determinada, parecen flotar sobre el agua. Yo también lo he logrado y he creído que era mérito mío. Hice milagros, sané heridos, resucité muertos. Pero no era yo aunque me lo creía. Mira qué buen sacerdote soy, mira qué sabio. Mira qué santo. Vanidad de las aguas que se mantienen firmes un breve instante para dar paso después a un pozo hondo que me absorbe sin respetar mis deseos ni mis órdenes lanzadas al viento. Y mientras me hundo torpemente, lleno de miedo, una mano, la mano de Jesús mi amigo, me ha salvado muchas veces. Más de las que recuerdo. Preguntándome por el motivo de mis dudas. Él lo sabe todo, sabe que lo amo y que soy torpe, todo combinado. Sabe que no puedo solo y aun así me creo que sí puedo chocando una y otra vez con la misma piedra. Sólo si toco la misericordia en mi vida podré tener paz. Sólo cuando me sepa amado de esa forma única, incondicional, podre mirar yo a mi hermano con misericordia. Podré dar algo de ese

amor misericordioso que he recibido. Podré mirar sin juzgar, ni condenar. Podré llegar a admirar a quien se confiesa ante mí. Podré mirarlo sin exigirle cambiar. Le podré decir que permaneceré siempre en ese punto del lago esperando a lanzar mis brazos al agua para rescatarlo de su hundimiento y desesperación. Sin esperar nada a cambio de mi esfuerzo. Sin exigirle un cambio de vida radical. Sólo daré misericordia, un amor incondicional que no es mío, es donado, soy sólo cauce de esa agua que todo lo limpia y purifica. Por eso es tan necesario experimentarme necesitado de perdón. La misericordia de Dios se inclina ante mi debilidad reconocida y aceptada. Me siento pequeño y entonces experimento su amor. No me elige por lo que valgo. Sino por lo que soy. Virtud y pecado. Fortaleza y debilidad. Miseria y gracia. Soy pequeño y grande al mismo tiempo. Necesito ser perdonado. El perdón de Jesús no tiene memoria. Perdona sin decir nada. Cuentan que Santa María Margarita de Alacoque buscaba un director espiritual. Jesús le mostró en la oración quién era: el P. Claude de la Colombiere. Cuando se acercó a hablar con él este sacerdote quiso comprobar la autenticidad de la revelación y le pidió una prueba. Quiero que le preguntes a Jesús que te cuente los pecados que confesé en mi última confesión y qué dice de los mismos. Ella se marchó y regresó pasados los días. El sacerdote le preguntó con curiosidad, ¿ya lo sabes? Ella le dijo: no, me ha dicho que no se acuerda. Esa respuesta le bastó para saber que era Jesús quien le mandaba a esta mujer. **Y es la expresión más bonita de la misericordia de Dios.**

En el video «Raíces» que David Perera hizo para celebrar el centenario de Schoenstatt, hay una frase que me toca especialmente: «Adelante, pero más hondo». Y se ve una zanja y unos brazos cavando hondo con palas. Me gustan esas palabras y esa imagen. Más hondo. No puedo retroceder en el camino. He recorrido ya muchos días. Sigo caminando hacia adelante. Pero más hondo. Por eso es hora de ahondar y cavar hondo. Ir al centro de la vida, de mi propia alma. Leía el otro día: *«La vuelta al centro, al corazón, es tarea sanadora de la persona, necesaria e imprescindible. Pero esa vuelta debe ser bajo la guía del Hacedor del hombre, que es el único que puede reformarlo y rehacerlo, quien reforma sus deformidades, renovando la mentalidad»*². ¿Cuál es mi centro? El centro me da unidad, en mi núcleo descanso. Es el hogar en el que puedo ser yo mismo. Allí donde me encuentro cara a cara con Dios, conmigo mismo y me reconozco, y le reconozco. Donde están mis raíces más hondas buscando el agua. Ahondar significa cavar en el alma, en el silencio de mi vida, callando y escuchando su voz. ¿Dónde está mi centro? ¿Cuál es la fuente de la que bebo? Giro muchas veces en torno a mis intereses y egoísmos. Me dejo llevar por mis apetencias y olvido mi fuente de alegría de la cual bebo para seguir caminando con una sonrisa en el alma. El Papa Francisco les recordaba a los sacerdotes una canción carismática que habla de la elección: *«¡Qué detalle, Señor has tenido conmigo! Cuando me llamaste, cuando me elegiste, cuando me dijiste que Tú eras mi amigo. Te acercaste a mi puerta y pronunciaste mi nombre. Yo temblando te dije aquí estoy. Tú me hablaste de un reino, de un tesoro escondido. Yo dejé casa y puerto por seguir tu aventura. Han pasado los años y aunque apriete el cansancio. Paso a paso te sigo sin mirar hacia atrás»*. Jesús me llama a mí a estar con Él en mi propia vocación, cada uno en la suya y su voz me calma. Me elige, soy bendecido. Bendecir significa decir cosas buenas de alguien. Dios me ama y dice cosas buenas de mí. En el camino hay personas que luego me alaban, dicen cosas buenas y están contentas conmigo. Me bendicen. Me hace bien ser bendecido de vez en cuando. No hay que rechazar los halagos. Me hace bien recibir bendiciones. Me capacita más para bendecir a otros. Pero es verdad que no tengo que crearme especial. No quiero caer en la vanidad, en el orgullo, en sentirme mejor que otros. Y tampoco puedo depender de los halagos para estar feliz. Siempre me gusta lo que me halaga. Y huyo con miedo de las críticas. Porque me exigen un cambio. Y cambiar siempre es difícil. Y más aceptar que no estoy haciendo algo bien. Pero ya decía el cura de Ars: *«Los que nos humillan son nuestros amigos y no los que nos alaban»*. Y como también leía: *«Ante los halagos y los insultos debéis mantener la misma postura: la imperturbabilidad»*³. Sigo siendo de barro. Es verdad que también me dicen cosas malas, me critican, me atacan. Incluso los que un día me alabaron al siguiente pueden condenarme. La fama es fugaz, pasajera. Construyo desde la humildad, como dice S. Agustín: *«¿Quieres ser grande? Comienza por ser pequeño. ¿Tratas de levantar un edificio grande y elevado? Piensa primero en la base de la humildad»*. No siempre hago las cosas bien y me lo dicen. Cuando experimente la crítica o el desprecio me colocarán en mi sitio. Pero también es bueno que me recuerden que hago algunas cosas bien. A veces doy por

² Agustín Sánchez Manzanares, *Vivir la espiritualidad sacerdotal en tiempos difíciles*, 39

³ Raúl de la Rosa, *El ermitaño que veía películas de Hollywood*, 64

sentado lo bueno y hago bromas con lo malo que veo en los demás. ¡Cuánto me cuesta alegrarme y bendecir a mi hermano cuando algo le ha salido bien o simplemente se le da bien! Y si lo hago, añado con ironía algún «pero» que matice la alabanza. Dios me habla a través de personas. Y me enseña a practicarlo yo. Es como los padres con los hijos que sólo se detienen en lo que les falta. Sólo hablan de sus debilidades y les cuesta elogiarlos por sus logros. Quiero aprender a hablar bien de los otros. Enaltecer a los demás. Alabarlos por sus éxitos aunque me cueste. Hablar bien de ellos ante otros. Abrazarlos cuando les ha ido bien. Dios que me quiere con locura. Me hace sentirme en casa y querido por lo que soy a su lado. **Busco en mis entrañas, en lo hondo de mi alma, esa mirada de Dios que me quiere con locura.**

El pueblo judío amaba la ley recibida de sus padres. Esas normas que constituían un suelo firme sobre el que levantar sus vidas: *«Moisés habló al pueblo, diciendo: - Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseño para que, cumpliéndose, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar. No añadáis nada a lo que yo os mando ni suprimáis nada; observaréis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy. Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán: - Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente, esta gran nación. Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos? Y, ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy?».* Un pueblo justo, una comunidad fiel a lo que Dios les pedía. Es difícil hacer lo que me piden, obedecer cuando me mandan. Ser dócil al querer de Dios expresado en labios humanos. Difícil comprender lo que me quiere decir Dios a través de los que me rodean. Para los judíos esas normas les daban la vida. No tenían paz si las dejaban a un lado. A veces me sorprende cómo los judíos se detienen en preceptos extraños, muy pequeños y desean cumplirlos. Para ellos Dios les está hablando de esa manera. Hoy parece que todo se cuestiona. Es cierto que uno no permanece en la Iglesia porque está de acuerdo con todo lo que en ella se propone. No es así. Uno ama a Jesús, se hace su amigo y entonces todo lo demás viene por añadidura. Los pequeños preceptos son posibles porque hay un amor personal que los sostiene. Igual que en la vida matrimonial se hacen muchas cosas por amor. Se guardan muchos preceptos por un amor lleno de ternura e intimidad. Para los judíos también era así desde el principio. Un Dios personal había aparecido en sus vidas en los momentos de dificultad y turbación. Un Dios que actúa cuando el hombre lo invoca. Por eso sus preceptos son justos y tienen que ver con el amor que han recibido en sus vidas. Hoy escucho en palabras del apóstol Santiago: *«Todo buen regalo y todo don perfecto viene de arriba, procede del Padre de las luces, en el cual no hay ni alteración ni sombra de mutación. Por propia iniciativa nos engendró con la palabra de la verdad, para que seamos como una primicia de sus criaturas. Aceptad con docilidad esa palabra, que ha sido injertada en vosotros y es capaz de salvar vuestras vidas. Poned en práctica la palabra y no os contentéis con oírla, engañándoos a vosotros mismos. La religiosidad auténtica e intachable a los ojos de Dios Padre es esta: atender a huérfanos y viudas en su aflicción y mantenerse incontaminado del mundo».* La palabra de Jesús salva mi vida y el mandato fundamental es la compasión. Atender en la aflicción. Y no dejarse contaminar por el mundo. Este es el precepto fundamental. Amar a mi hermano. Acompañarlo en su dolor. Cuando me cierro en mi carne y no me abro a las necesidades de los demás estoy siendo egoísta y cerrando la puerta de la misericordia que Dios me regala. Jesús sabe todo lo que puedo entregar a los demás y no desea que me quede en mi comodidad, en el interior de mi morada donde me siento a salvo. Quiere que no tenga miedo de amar, de dar la vida. Que no me acomode, que no me aburguese. La religiosidad auténtica consiste en atender a los más necesitados, las viudas y las huérfanas. Se trata de cuidar a los más molestos que son rechazados en este mundo. Estar cerca de los que me suplican misericordia. ¿Por qué tengo miedo? Me da miedo darme, abrirme, entregar la vida. Me asusta no ser capaz de amar al que más lo necesita y sólo al que me es más fácil. La palabra de Jesús da vida en mi interior, pero no son sólo preceptos que tengo que cumplir. El mayor precepto es amar a Dios y al prójimo como a mí mismo. Vencer mis miedos a entregar la vida. Puedo fallar, puedo fracasar, puedo no recibir a cambio tanto como yo haya entregado. Puede ser. Puede que los demás no me den todo lo que yo les he dado. A veces es así en esta vida. Lo entrego todo y no me dan lo mismo. Amo y vivo cuidando a los necesitados y luego no me cuidan a mí como yo lo hago. Quisiera tener un corazón más puro, más grande. Un corazón capaz de amar a mi hermano hasta el extremo. Un corazón que no mida, que no se guarde, que no sea prudente. Quiero vivir una vocación extrema. No se trata tanto de

cumplir absolutamente todos los preceptos. La vida se juega en el amor que entrego. No me protejo en exceso, no me guardo por miedo a las críticas, no paso de puntillas por la vida de los demás. **Estoy dispuesto a darme por entero, a dejarme la piel hecha jirones en mi entrega.**

Hoy Jesús es claro en lo que dice. La impureza no está en el exterior, procede del propio corazón.

Hoy escucho: *«Escuchad y entended todos: nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los pensamientos perversos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, malicias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro»*. El P. Kentenich definía la pureza como el orden interior. Por culpa de mi pecado vivo desordenado, sin paz, sin tanta luz, herido, buscando fuera la paz que no encuentro dentro. Cuando conozco una persona pura, descubro en ella un trozo de cielo. Como decía una persona hablando de alguien a quien admiraba por su vida interior: *«Al poner los ojos en él, es como si se desviarán automáticamente hacia las alturas, hacia Dios»*. Hay personas que por su forma de mirar, de hablar, de amar, de actuar, reflejan la pureza de Dios, me recuerdan a María, me hablan de una santidad humana que me acerca el amor de Dios. La pureza me lleva a amar más a Dios a través de las personas a las que amo. Aquellos que me aman de una forma nueva, distinta, única. Hay una historia que me gusta siempre recordar y que habla de dos monjes. Iban caminando desde un pueblo a su convento. Al llegar a un río con mucho caudal vieron a una mujer que quería pasar al otro lado. Uno de los monjes era mayor, un hombre robusto que llevaba muchos años viviendo unido al Señor, con una vida austera y sacrificada. Inmediatamente, al ver a la mujer, se ofreció a cruzarla al otro lado. Después de hacerlo siguieron los dos monjes su camino. El monje más joven, llevaba pocos años en el monasterio, caminaba turbado, dándole vueltas a lo que acababa de pasar. Después de un largo rato caminando, se detuvo y recriminó a su hermano mayor: *«Hermano, ¿cómo has sido capaz de cargar con una mujer? La has tocado. Has puesto en juego tu castidad virginal como consagrado de Dios. ¿No te sientes impuro?»*. El monje mayor, después de meditar un rato en silencio mientras continuaba el camino, le contestó con mucha calma: *«La verdad, hermano, yo dejé a esa mujer hace ya mucho rato junto al río. Pero parece que desde entonces tú sigues cargando con ella»*. Esta historia habla de la pureza de la mirada, de la pureza del corazón. Muestra cómo no tengo que juzgar la realidad y ponerla siempre bajo sospecha. Dos personas pueden ver la misma realidad desde fuera, sin saber más de lo que pasa en los corazones que contemplan. Una puede tener mirada impura, otra pura. La pureza anida en mi corazón y veo la realidad a través de ese tamiz. Puedo mirar con un corazón puro o impuro. La impureza no viene del exterior, nace de mi interior. Puedo juzgar y condenar a los otros. Siempre tomando la bandera de la verdad y la justicia. Puedo convertirme en el sanedrín y determinar lo que está bien y lo que está mal: *«En aquel tiempo, se reunieron junto a Jesús los fariseos y algunos escribas venidos de Jerusalén; y vieron que algunos discípulos comían con manos impuras, es decir, sin lavarse las manos. (Pues los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos, restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y al volver de la plaza, no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas). Y los fariseos y los escribas le preguntaron: «¿Por qué no caminan tus discípulos según las tradiciones de los mayores y comen el pan con las manos impuras?»*. Ellos tenían claro lo que estaba bien y lo que estaba mal. Sabían qué comportamientos eran ejemplares y cuáles no. Por eso son capaces de juzgar a los discípulos y a Jesús sin ninguna duda en sus palabras. Saben la respuesta correcta, saben dónde está la impureza. Jesús les contesta con la verdad. Todo lo impuro brota de mi corazón, no viene con los alimentos que consumo. No viene de fuera. Dicen que un corazón impuro vuelve impuro lo que toca. Un corazón puro, purifica lo que acaricia. Dicen que el monje hace de la taberna una celda. Y el borracho de la celda una taberna. Así suele ser. Transformo lo que toco con mi manos, con mis palabras, con mi mirada. Así lo hizo Jesús cuando pasó entre los hombres haciendo el bien. Así lo hace María cada día conmigo. Hay personas que me miran de tal forma que hacen que sea mejor de lo que soy, que sea más puro y tenga una forma mejor de amar y de ser. Eso siempre me sorprende. Me ven mejor de como yo me veo. Mi mirada puede hacer mejores a las personas a las que miro. Saco lo mejor de ellas cuando las miro bien. Así lo hizo Jesús con la gente, así lo sigue haciendo conmigo y me pide que yo haga lo mismo. Le pido a María que purifique mi vida para poder purificar yo a otros. Que me lave con su amor para poder lavar las impurezas de los demás. Que me enseñe a mirar de forma diferente para poder cambiar el mundo a mi alrededor. ¿Cómo miro a las personas? ¿Juzgo por las apariencias? ¿Me detengo en la superficie de las cosas y de las personas o miro el corazón de cada uno? Me cuesta

no ser tan puro como quisiera. Me gustaría tener un corazón puro, de Dios. Quisiera mirar a los demás como Dios las mira, como Él me mira. Con ese corazón limpio capaz de descubrir siempre el bien y se admira con sencillez de lo que observa. Hay personas que continuamente ven el mal en los demás, creen descubrir oscuras intenciones y destacan lo malo que hay en cada uno. **La mirada y las palabras son capaces de ensuciar el mundo a su paso. No quiero ser así, quiero ser puro.**

Quisiera hospedarme en la tienda del Señor. En su alma, en su casa, en su barca: *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda? El que procede honradamente y practica la justicia, el que tiene intenciones leales y no calumnia con su lengua. El que no hace mal a su prójimo ni difama al vecino, el que considera despreciable al impío y honra a los que temen al Señor. El que no presta dinero a usura ni acepta soborno contra el inocente. El que así obra nunca fallará».* El que se comporta bien, el que no engaña, el que tiene el alma pura.

Quisiera ser así, tener el corazón puro. Mirar bien y no ser hipócrita. A Jesús le molesta la hipocresía de los fariseos: *«Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: - Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos. Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres».*

Quiero alabar a Dios y darle gracias de corazón. No quedarme en los labios, en las oraciones hechas, en las frases vacías que no llenan el alma. Quisiera amar con toda mi alma. No sacrificios, no frases bonitas, sino misericordia. Es lo que me pide hoy Jesús, que sea misericordioso. Que tenga el corazón lleno de su amor, de su presencia. Un corazón puro, consagrado a Él. Un culto agradable a Dios que no esté vacío. Que lo que haga sea desde el corazón, desde el alma, desde lo hondo de mi ser. Jesús me quiere por entero. No desea sólo palabras bonitas que salgan de mi boca. Quiere que lo alabe por todo lo que ha hecho en mi vida. Quiero ir a su Santuario, hospedarme en su presencia, en su tienda.

Habitar junto a Él. No quiero quedarme en la superficie de lo que estoy viviendo. La vida se juega en lo hondo, en lo auténtico, en lo que sucede dentro de mí. ¿Cuáles son los sueños que me hacen aspirar a las alturas? Miro dentro de mí. Busco en la hondonada de mi alma. Allí donde habita el Dios de mi vida. Lo busco a Él que quiere vivir conmigo, a mi lado, hacer milagros en mis manos, recorrer caminos en mis pies, sanar heridas estando yo herido, levantar muertos estando yo tan muerto. Me da la vida para que la entregue, no quiere que me guarde. ¡Hipócritas! Escucho y me da pena ser yo un hipócrita, de esos que dice una cosa y hace la contraria, dice seguir un camino y toma un desvío, aparentemente se muestra de una manera siendo totalmente distinto. Me asusta no estar a la altura de lo que el mundo espera. Y trato de agradar, de contentar a otros. Vivo queriendo responder a todas las expectativas. Me desangro y no logro salvar a nadie. No soy imprescindible aunque a veces así me sienta. Dios es mucho más de lo que yo soy. Soy pobre, soy niño, soy un ser indefenso. Jesús me pide que lo deje todo, que me deshaga de mis apariencias, de mis trajes falsos, de mis verdades llenas de mentiras. Abrazo el cielo con mis manos rotas y sé que no soy nada, sólo barro, sólo polvo. No tengo en mi mano la vida eterna. Soy un pobre hombre, un naufrago, un navegante sin estrellas. Deseo tenerlo todo controlado y que nadie me diga que soy falso, ni hipócrita. He descubierto verdades bajo la arena de la playa, en lo más hondo del fondo marino donde un día llegué mientras me hundía.

Deseo escribir mi propia historia para dar vida, luz y esperanza. Saber que los cielos se llenan de estrellas cada vez que renuncio a algo por amor a Dios. No sé escribir el poema más bello ni el más brillante. No logro inventar la historia más fantástica y original. Puede que todo ya esté escrito y que lo que haga sea copiar párrafos de otros autores. La verdad se esconde en medio de esta tierra llena de luz, en la oscuridad de la noche, en medio de la fatiga de mis días. He aprendido a navegar sin tener claro el rumbo, sin ver el horizonte y sé que la historia se escribe a paso lento, sin importar lo que los demás opinen. Abrazo en silencio el templo de mi alma en el que Dios habita. En medio de mis pecados e incoherencias. Él conoce muy bien todas mis inconsistencias y me sigue amando. Sabe que no tengo nada que ocultar en su presencia. Y me sigue amando, siendo yo incapaz de ser mejor de lo que he sido. Me da tranquilidad saber que los grandes pecadores pueden aún llegar a ser grandes santos. No importa que hoy tropiece, no dejo de correr y recorrer caminos. Dios aparece en cada recodo diciéndome que me ama con locura. **Su voz me da esperanza y sé que los misterios más bonitos se esconden en lo más hondo de mi alma.**